

Los retos del marxismo en Latinoamérica*

Por Jorge VELÁZQUEZ DELGADO**

LA MAYOR PARADOJA de un tiempo de coyuntura, como es el que se vive a partir de la caída del socialismo y de la conformación de una hegemonía capitalista a nivel planetario, es que el marxismo, a pesar de la profundidad de su crisis —en la lógica de dicha hegemonía—, se mantiene como una teoría que viene circulando de contrabando. Es esto tal vez lo que más sorprende a propios y extraños: que los tiempos todavía no están como para decretar la muerte absoluta de una de las más preclaras teorías críticas y polémicas de la modernidad. Es cierto que, como decimos, el marxismo vive la que es sin duda su más radical crisis. Una crisis profunda y prolongada que lo ha alejado y lo mantendrá alejado quién sabe por cuanto tiempo más del debate sobre el futuro de la modernidad. El principal reto que afronta hoy el marxismo no es sólo tratar de mantener un mínimo de la fuerza protagónica e histórica que representó en la construcción de la modernidad, sino innovar los fundamentos filosófico-políticos e históricos de la propia modernidad. En tal sentido se podría decir que la pregunta clave no es si la modernidad es o no un proyecto viable, particularmente para toda el área latinoamericana, sino si el marxismo en general será capaz de articular un nuevo tipo de discursividad que en primera instancia lo aleje de los viejos paradigmas decimonónicos que lo definieron y, en segundo término, que le permita hacer frente a esa hegemonía capitalista que hoy, por lo que se ve, empieza ya a manifestar todos los signos de convertirse en una inevitable relación de dominación llevada a escala planetaria.

Pero conviene tener presente que el marxismo no puede continuar siendo considerado como una titánica fuerza histórica¹ capaz de contener

* Texto leído en el Foro Mundial de Latinoamericanistas. X Congreso de la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe, Moscú, junio del 2001

** Profesor e investigador del Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.

¹ Como filosofía es indudable que el marxismo es quizá el más representativo esfuerzo por establecer la más completa interpretación moderna del hombre en su relación con la naturaleza y con la historia. El enorme interés que ha existido por esta filosofía parte también de la validez innegable de su crítica al capitalismo, que propone a su vez una alternativa histórica para su superación. Así, lo que no deja de reconocerse es la vigente validez de dicha crítica y al socialismo como alternativa histórica al capitalismo. La paradoja que encierra la actual coyuntura es que, si bien por un lado existe tal reconoci-

y dar solución por sí solo a todos los enormes desafíos que impone un mundo globalizado,² pues con base en la amarga lección histórica que deja el llamado socialismo real y con referencia a la actual coyuntura histórica, sus pretensiones necesariamente tienen que ser más modestas y limitadas. De lo contrario se corre el riesgo de continuar viviendo en el páramo de la derrota o en la nostalgia de los viejos tiempos en que la teoría y la acción política dependían de la fuerza hipnótica del gran cambio revolucionario. La cuestión aquí es cómo determinar una estrategia política de lucha por la hegemonía a partir de la caracterización objetiva de los nuevos movimientos y conflictos sociales que se están presentando en Latinoamérica.

La especificidad de estos últimos radica en la posibilidad que encuentra la izquierda en general de redefinirse frente al reacomodo global por el que pasa el conjunto de las fuerzas político-sociales. Es bajo este nuevo escenario de la realidad latinoamericana que el marxismo tiene que redefinirse también, sin renunciar por ello a su tradición e identidad. Es la relación entre tradición e identidad lo que siempre termina por conducir —a individuos como a entidades colectivas— al amargo terreno del conflicto con las formas históricas de la conciencia social. Pues al parecer se tiene que responder a los cambios de la historia tratando de perpetuar los modos supuestamente inamovibles de la tradición y de la identidad, pero lo que hace suponer que es posible mantener al marxismo como una de las más trascendentes tradiciones filosófico-políticas de la modernidad es su irrenunciable vocación crítica e histórica en contra de todo el sistema de desigualdades generadas por el capitalismo.

El modo en que el marxismo profundizó, privilegió o magnificó lo político, es decir, el antagonismo y la contradicción histórico-social, estableciendo tácticas y estrategias de lucha por el poder y determinando políticamente quién o quiénes son —como clase social— sus enemigos,

miento, por otro, se ve al marxismo como parte de una incuestionable crisis que es difícil que logre superar

² La perplejidad del presente parte de la conciencia que se tiene sobre la impresionante escasez de soluciones globales a problemas aparentemente tan sencillos como garantizar no sólo condiciones mínimas de bienestar para nuestras sociedades, sino la continuidad material de las mismas. Por esto hemos visto cómo en las sociedades latinoamericanas se han derrumbado no sólo los viejos sistemas de producción material sino sobre todo el Estado. Es esta realidad la que nos ha convertido en una especie de testigos y tal vez cómplices silenciosos o impotentes de una realidad que no queremos pero que estamos obligados a soportar

respondía al deseo, si se quiere, de instrumentalizar lo que hoy se piensa que fueron las viejas tesis de la revolución social.³

Fue el intento de construcción de un marco de legitimidad, como el que encierran dichas tesis, lo que permitió en términos generales que el marxismo tuviera continuidad histórica y finalmente lo convirtió en una influencia innegable para la comprensión y determinación de la lógica del cambio social.

En la coyuntura actual el cambio social se sigue pensando incluso como una necesidad que permita superar la pobreza. Y no hay fuerza política que no reconozca que la pobreza ha sido el problema urgente en Latinoamérica. Lo que supuestamente otorga una determinada legitimidad a esas fuerzas políticas, en particular cuando llegan al poder, es que hablan con el lenguaje del cambio, pero sin concederle a éste ningún significado o contenido histórico. Es decir, lo que se aprecia es que los cambios ocurridos últimamente, si bien son representativos respecto al pasado reciente de la realidad latinoamericana, no logran atacar de raíz los problemas de la pobreza, la injusticia, la corrupción y la desigualdad. Por el contrario, al implementar tesis neoliberales para la región, los acentúan de forma inconcebible, lo que hace suponer que para esta región del mundo la ya vieja letanía de un supuesto fin de la historia no es otra cosa que una fatal condena que nos lleva a profesar nuestra más acérrima vocación estoica frente a una coyuntura histórica en la que, al parecer, ya todo se encuentra escrito.

Es bastante cierto que la actual coyuntura implica el claro desplazamiento de las ideas revolucionarias por las democráticas.⁴ La

³ El debate sobre el marxismo de este nuevo siglo al parecer dependerá del modo que enfrente, tanto en la teoría como en la práctica, lo que han sido estas tesis. De forma por demás sucinta se podría decir que el carácter de dichas tesis parte de que la revolución socialista en Latinoamérica —más allá de cualquier supuesto sustento de inmanencia que se le asigne o de cualquier visión historicista sobre la cual sea leída o interpretada la realidad latinoamericana— se fundamenta en la afirmación de que para estos países ya no hay lugar para un capitalismo independiente, esto es, se establece la idea de que en dichos países las burguesías han llegado demasiado tarde a la historia. Así, su papel como clases dirigentes invariablemente dependerá del modo de subordinación entre sus intereses con los de los países centrales. Sin embargo, dependerá también de cómo determinen los conflictos y coyunturas en las relaciones centro-periferia.

⁴ La comprensión de la historia del marxismo depende de esto, es decir, de los encuentros y desencuentros que históricamente han existido entre ideas revolucionarias e ideas democráticas. La democracia, entendida como marco de legitimidad en las relaciones de poder que se establecen sobre todo a partir de la caída del socialismo, es reflejo y resultado de este largo y sinuoso proceso de la historia de tales encuentros y desencuentros. Particularmente de cómo las diferentes tradiciones filosófico-políticas establecían sus propios imaginarios político-sociales de libertad e igualdad. La cuestión de la democracia en la actual coyuntura parte de una urgente reconciliación entre estos dos grandes imaginarios

cuestión ahora no es especular hasta qué punto resultan ser o han sido incompatibles la tradición revolucionaria y la tradición democrática de la modernidad, ni tampoco apostar por el momento en que la democracia se convertirá en otra de las tantas vías inconclusas de la modernidad. Es evidente que hoy como nunca dependemos de nuestra capacidad de imaginar en donde radican los verdaderos puntos de intersección y de engranaje entre el ideal socialista y la radicalización de la democracia.

Junto con el problema de la igualdad y la justicia social, la democracia en Latinoamérica ha sido siempre un campo central de la lucha política. Hoy el escenario es totalmente diferente al de hace tan sólo unos cuantos años. Sin embargo, pensamos que la llamada edad de la transición democrática en Latinoamérica no ha cerrado aun su ciclo, pues queda todavía mucho camino que recorrer. He ahí por qué, en nuestras respectivas realidades nacionales, los logros y avances democráticos no dejan de expresarse como un complejo entrecruzamiento de tensiones y distensiones históricas, políticas, económicas y culturales. Es esto lo que provoca la sensación de que avanzamos sin movernos del mismo punto o, peor aún, y en ciertos casos, que en nuestras coordenadas imaginarias dejamos de ser semiperiferia, para pasar a convertirnos en un horizonte periférico que tiende a profundizarse cada vez más.

Estos procesos democráticos se entienden así como una conjunción de tendencias y contradicciones que reflejan los anhelos latinoamericanistas por una modernidad que nunca termina por cuajar. Pero, por otro lado, hoy a la democracia en Latinoamérica se la magnifica también como una fuerza histórico-política o, mejor aún, como una voluntad histórica cuya trascendencia radica en ser la vía hacia un nuevo ideario de unidad continental. Han sido las propias élites en el poder las que más han recurrido a la retórica de la unidad latinoamericana. Pero más que ser ésta una unidad cimentada en principios y fundamentos democráticos, responde a los reclamos de una globalización que impone

históricos de la modernidad. Sin embargo, la tendencia de la actual coyuntura, justo por depender de criterios de dominación económica de corte neoliberal, vuelve tensa la democratización de las sociedades latinoamericanas en la medida en que estas sociedades son día con día más excluyentes.

³ Las tesis de la democracia radical están cobrando un gran significado en la lucha por la democratización de las sociedades latinoamericanas. Y, por lo que se ve, lo que se ha dado en llamar la "renovación" de la izquierda dependerá, más que del éxito, de la eficacia de sus tesis y proposiciones políticas. Al respecto véase Chantal Mouffe, *El retorno de lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Barcelona, Paidós, 1999. Véase también, Edward J. McCaughan, *Reinventando la revolución: la renovación del discurso de izquierda en Cuba y México*, México, Siglo XXI, 1999.

a nuestras sociedades una lógica histórica de dominación racional sustentada en los supuestos fines libertarios del mercado.⁶

o es, pues, casual que en esta nueva coyuntura la historia se repita por enésima vez y del mismo modo, es decir, si son las élites las que supuestamente hoy hacen la historia en gran alianza con una derechización de la inteligencia,⁷ lo más natural es que sean nuestras sociedades las que la sufran.⁸ Lo que se quiere así dar a entender es que en esta coyuntura los caminos de la historia se encuentran cerrados. Por esto es que el excedente de sentido que conlleva la imagen de un mundo unipolar para el cual sólo cuenta la retórica del “pensamiento unico”, muestra que estamos irremediablemente condenados a una globalización con vanguardia neoliberal. Una globalización que seguramente reproducirá al capitalismo en los mismos términos en que lo ha venido haciendo desde sus orígenes, es decir, un capitalismo afortunado y triunfante, y un capitalismo que no niega ni oculta la serie de fracasos de su larga historia. Tal y como es el caso de las naciones

No existe la menor duda que esta coyuntura se basa en una revolución pasiva de largo alcance: la izquierda, tanto liberal como revolucionaria, se enfrenta a una sociedad conservadora, cuyas élites han visto la necesidad de modificar sustancialmente el lenguaje del viejo conservadurismo decimonónico. La tesis de Wallerstein en el sentido de que la caída del socialismo implicó también, en el contexto de la actual coyuntura, la caída del liberalismo, confirma el carácter de esta revolución pasiva. Cf. Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*. México, UNAM-Siglo XXI, 1996. Lo que se debe debatir es si la coyuntura tiene hoy una salida liberal a través de la cual sea posible la recuperación de al menos ciertos niveles de bienestar así como del contenido social del Estado.

⁷ Se entiende por derechización de la inteligencia algo más que un transformismo ajustado a la lógica del neoconservadurismo. En gran parte lo que reproduce esa inteligencia es una determinada lealtad a las élites en el poder. En este sentido la relación tradicional entre saber y poder no cambia sustantivamente, pues dicha inteligencia sigue siendo parte de un juego de espejos entre ella y el Príncipe. Lo que ha cambiado es el paradigma que orienta la acción política de las élites. Y el ser hoy esas élites las destinatarias de un discurso que si bien se encuentra centrado en el problema de la economía, no ignora la sociología, la política, la historia y la cultura. De un discurso que ha sabido generar una condición entrópica del conocimiento social de la que es difícil salir. Con respecto a la acondición de las ciencias sociales en general en la actual coyuntura histórica véase en particular, Immanuel Wallerstein, *Conocer el mundo, saber el mundo, el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, México, Siglo XXI, 2001.

⁸ Es lo que afirma, con toda razón, Vázquez Montalbán al referirse a lo que llama principio elitista de esta coyuntura. Sostiene así que “hay pueblos que nacen para hacer la Historia y otros para sufrirla”. En gran parte se podría decir que en relación con Europa primero y después con Estados Unidos la historia de los pueblos latinoamericanos se encierra en esta cruda frase. Pero al parecer el asunto no queda ahí, pues, como entendemos qué es lo que quiere decirnos este autor, existe una moraleja y ahí están los hechos para corroborar esto: “Y si el Gran Hermano mediático —dice Vázquez Montalbán— no es suficiente, siempre queda el recurso de enviar cualquier ejército de intervención con o sin cascos azules”, Manuel Vázquez Montalbán, *Panfleto desde el planeta de los simios*. Barcelona, Crítica, 1995, p. 62.

latinoamericanas. Naciones que desde los tiempos de su independencia invariablemente han venido sumando fracaso tras fracaso en la implementación o ensayo de diversos modelos de desarrollo capitalista. Si se hiciera un pronóstico para los tiempos actuales —y suponiendo que esta globalización es para dichas naciones el mejor de los escenarios posibles—, el férreo pesimismo en el que nos ha educado la terca realidad nos señala que nuestro destino no puede ser otro que un nuevo fracaso. Un fracaso que carga ahora el gravamen de los intereses de una economía mundial globalizada.

Como ocurre con todo momento coyuntural, el presente se revela como una condición histórica para la cual no existen soluciones a largo plazo. Pensar que tal cosa existe es seguir siendo prisioneros de una mentalidad inmanentista de la historia que presume ignorar las fuerzas contingentes de la coyuntura. La conciencia sobre la crisis del marxismo parte de los signos inequívocos de este duro dato, como también del hecho palpable de que una voluntad que sabe que la acción no es ajena a la indeterminación y la incertidumbre no claudica en ejercer su derecho indeclinable a criticar y oponerse a las prácticas depredadoras de una globalización orquestada por la actual lógica de acumulación capitalista.

Si es muy cierto que no existen soluciones a largo plazo para ninguna relación histórica, tal cosa no implica que la imaginación en la historia tenga que renunciar a plantear determinadas estrategias sobre nuestro propio devenir histórico-social. Estrategias a través de las cuales se debe revalorar o cuestionar la modernidad más allá de lo que ha sido la querrela entre modernos y posmodernos. Necesariamente esto último no quiere decir que se tenga que dotar a la modernidad de nuevos excedentes de sentido. Recordemos que las lógicas de dominación en los sistemas político-sociales de la modernidad se sustentan en explotar de forma extraordinaria ciertas retóricas sobre las supuestas bondades de sus respectivos regímenes políticos. En gran parte esto es lo que viene ocurriendo con la globalización, pues se viene convirtiendo en parte de una retórica política que día con día adquiere mayores grados de intransigencia.

Durante la Guerra Fría tanto el capitalismo como el socialismo desarrollaron sus propias lógicas de excedente de sentido. Es decir, magnificaron la imagen de sus instituciones tanto como de sus logros y éxitos materiales y sociales, pero otorgándoles invariablemente, por vía de la propaganda político-ideológica, una dimensión irreal. Una dimensión que al ser proyectada con el inequívoco realismo del lenguaje y la retórica militarista y la simbología del terror bélico y la represión política, cuestionaba la validez histórica sobre toda eventual perspectiva

utópica sustentada sobre la base de estos modelos de desarrollo. Si tales modelos se reprodujeron de uno u otro modo en gran parte fue debido a la disyuntiva que planteaba una coyuntura amplia como fue la de la Guerra Fría. Pero lo importante aquí es considerar que durante esa coyuntura la racionalidad utópica nunca dejó de ser crítica. Fue gracias a esta racionalidad que se logró ver la deshumanización que conllevaban tanto el capitalismo como el socialismo realmente existentes.

Tal vez por esto lo peor de la actual coyuntura es que nos hemos quedado sin horizonte utópico de referencia. Estamos de acuerdo en que no puede existir mayor crisis de la izquierda, y en especial del marxismo, que la reflejada en la renuncia o pérdida considerable de su propia vocación utópica. El giro pragmático con el que se reconocen ciertas actitudes políticas hoy en boga —en particular de las izquierdas tradicionales o renovadas— ejemplifica lo grave de una actitud que día con día se muestra más escéptica y desencantada con relación a todo deseo de futuro. Como sabemos, lo que en el fondo subyace en toda ideología política de la modernidad es el deseo de controlar el futuro.

o reconocer tal cosa es tanto como vivir en el engaño. De hecho, las formas políticas de la modernidad se caracterizan justo por el modo concreto de plantear y ejercer el poder: haciendo de él un uso específico que lo legitima o condena, siempre con relación a una nueva condición presente o un proyecto futuro. De este modo, el poder no es ajeno a la responsabilidad que cada sociedad en general y cada fuerza política en particular tienen con respecto del devenir, pero sobre todo con su tiempo presente. En la actual coyuntura esta responsabilidad adquiere un nuevo giro, pues problematiza la relación entre ética y política en referencia a lo que hoy significa vivir bajo un mundo global y bajo una coyuntura histórica que se traduce para Latinoamérica en la posibilidad de profundizar tanto sus conquistas como sus logros democráticos. En este sentido es importante señalar que la responsabilidad aquí es doble, por un lado tiene que ver con lo que ha sido el pasado reciente de la historia latinoamericana; particularmente con los grandes procesos y acontecimientos histórico-políticos del siglo xx; por otro, la globalización nos lleva también a considerar cuál es el grado de responsabilidad o compromiso que debemos tener respecto del futuro, en especial del futuro de las próximas generaciones.

Para gran parte de lo que fue la izquierda, que ha tenido que afrontar las disyuntivas y conflictos de la coyuntura actual, la globalización se ve como un proceso histórico cuya principal fuerza seductora radica en la capacidad que despliega al inyectarle un nuevo carisma al capitalismo, desplazando a su vez el que en otro momento tuvo el socialismo. El

derrumbe del socialismo, así como la volatilización de los imaginarios socialistas, sin duda alguna son factores que explican por qué esta coyuntura se expresa como el resultado de una hegemonía neoconservadora. Es bajo el manto de tal hegemonía que se está construyendo un interesante movimiento liberal que quiere ser a la vez respuesta también a esta coyuntura. Es decir, el liberalismo es un movimiento a través del cual se quiere salir de la esfera hegemónica o de franca dominación neoliberal. Lo que constituye un hecho de incuestionable importancia es que al menos bajo una realidad política y cultural tan compleja como ha sido la latinoamericana en general y en particular la mexicana, a lo largo del siglo xx la tradición liberal no mostró signos de ser una fuerza lo suficientemente atractiva como para ocupar un lugar relevante en la lucha política.⁹ Serían muchas las razones que explican o justifican un vacío de esa magnitud, pudiéndose citar, entre otras no menos relevantes, por un lado el ascenso de procesos revolucionarios o de profundo contenido social, como fueron las revoluciones rusa, mexicana, china y en particular la cubana; por otro, las dictaduras militares, el estatismo, el nacionalismo, el populismo, el dominio imperialista etcétera.

Con respecto a estos procesos histórico-políticos ocurridos en tierras latinoamericanas, existe toda una pléyade de estudios y análisis, en general de invaluable importancia. Y sin duda alguna continuarán realizándose una infinidad más. A través de ellos se han querido explicar las razones de la ausencia de una tradición filosófico-política que ha sido tan vital para Europa y Estados Unidos. Y seguramente se querrá explicar también cómo ocurrió la estrepitosa debacle del marxismo en Latinoamérica. Es decir, por qué pasó de ser una filosofía política de gran tradición e influencia, que contaba con una infinidad de actores y sujetos sociales, a un movimiento que simplemente no encuentra la ruta de su posible reconstrucción.

El auge democrático de las últimas décadas, si bien responde a lo que es ya un definitivo ciclo histórico al que denominamos de transición democrática en Latinoamérica, se caracteriza por el impresionante

⁹ El caso mexicano expresa una particular atención en la medida en que hoy existe una revaloración crítica sobre lo que significó tal ausencia en las luchas político-ideológicas. Sobre el punto véanse en especial, José Fernández Santillán, *Liberalismo democrático modelo para armar un país*, México, Océano, 1997, y Lorenzo Meyer, *Liberalismo autoritario las contradicciones del sistema político mexicano*, México, Océano, 1995. Del modo que sea y al igual como ocurre en el mundo, para esta coyuntura la democracia es parte de una "época de confusión", Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia*, Madrid, Alianza, 1988, p. 21

número de fuerzas político-sociales que lucharon contra los regímenes militaristas así como en contra de las formas de dominación colonialista y el autoritarismo oligárquico y caudillesco que para muchos no deja de reconocerse como parte sustantiva de la realidad latinoamericana. Y en todo este proceso de transición sería un verdadero desacierto no reconocer el importante papel de la izquierda en general y el marxismo en particular. Lo que no deja de ser una verdadera incógnita es cómo han ido los neoliberales quienes han capitalizado dicha transición y quienes han construido una particular relación política, lo que les ha permitido desarrollar su modelo económico. Pero conviene no sufrir amnesia histórica ya que, como sabemos, los comienzos de esa relación y su desarrollo no se encuentran exentos de antinomias, ni de hechos y circunstancias que hacen dudar de su legitimidad democrática.

Ahora bien, es inocultable que en dicho auge los reclamos democráticos no dejan de expresar también la cuestión candente de la injusticia y desigualdad económica en Latinoamérica. Y para nadie es un secreto que hoy por hoy esta cuestión adquiere crucial importancia en la medida en que —dado el inevitable reacomodo de las fuerzas político-sociales que configuran a la actual coyuntura— existe la inquietud por reestablecer y mantener ciertos índices de bienestar así como compromisos palpables por generar condiciones para un nuevo impulso histórico hacia un bienestar generalizado. En pocas palabras: promover mecanismos distributivos tanto como una sustantiva reforma del Estado que evite que su maquinaria siga siendo el instrumento mediante el cual se logran satisfacer los inagotables intereses de las élites neoliberales en el poder.

La forma vertiginosa en que han ocurrido los cambios sociales bajo la dinámica de la actual coyuntura, conlleva la sospecha de no saber de qué sociedad estamos hablando.¹⁰ Es bastante posible que hoy los límites de cualquier teoría social pasen por lo que sería esta muy peculiar situación.¹¹ Pero si bien puede ser muy cierto que no se logren consensos relacionados con la determinación de esta sociedad (a la que no se le

¹⁰ Esta es la problemática que, entre otros, plantea Melucci, al decir que "resulta de particular relevancia para responder la interrogante sobre cuál es el tipo de sociedad en que estamos viviendo. Los debates contemporáneos en torno al posmodernismo, la sociedad postindustrial y la globalización del sistema mundial, se basan muy a menudo en supuestos teóricos ocultos que rara vez se hacen explícitos [...] en lugar de negar la incertidumbre o de esconderse detrás de las palabras, es preferible admitir claramente que no sabemos de qué sociedad estamos hablando". Alberto Melucci, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México, 1999, p. 10.

¹¹ Que esto ocurra así no significa en modo alguno que en el debate contemporáneo de la teoría social no se establezcan ciertos parámetros con respecto a la inteligibilidad de nuestro tiempo

quiere seguir llamando por su nombre, esto es, simplemente como sociedad capitalista) es también bastante cierto que —al menos por el descontento e inconformidad que se vive y que al parecer tiende a ser mayor en el futuro próximo— lo que no se quiere es continuar viviendo bajo la presión de una lógica acumulativa de tipo capitalista que, por un lado, al privilegiar de forma cada vez más desmesurada el lucro, promueve un individualismo posesivo ajustado a los tiempos neoliberales y, por otro, profundiza el desengaño sobre la dimensión de lo político. Esto produce en gran parte esa especie de despolitización generalizada que inhibe la eficacia de los actores políticos, así como la enorme dificultad de constituirse en nuevos sujetos políticos.

La paradoja que encierra la presente coyuntura es que no se comprende como lo que supuestamente refleja —una crisis o cadena de crisis económicas recurrentes del capitalismo—, sino como la crisis de los viejos paradigmas explicativos de la teoría social. Es esta paradoja la que ha dado a las corrientes neoconservadoras la creencia de que son las únicas que tienen certezas y las únicas que no se preocupan por las incertidumbres de estos nuevos tiempos. Afrontar esta crisis desde la perspectiva de los nuevos movimientos y conflictos sociales puede conducir, efectivamente, a desplantes proféticos o a criterios de interpretación no exentos de una valoración historicista. O bien, a esfuerzos titánicos por encontrar destinatarios concretos en la formulación de nuevas teorías sociales. Al parecer en esto radica la urgente cuestión de la reconstrucción del *sujeto*: en encontrar un destinatario o destinatarios concretos a quienes dirigir la teoría. Y, como se sabe, las tensiones que provoca dicha reconstrucción referida a la dinámica histórica que están adquiriendo los nuevos movimientos sociales revaloriza la lucha por la hegemonía como lo que es: campo privilegiado de la realidad histórico-social y cultural en donde adquiere trascendencia lo político.

La nota de mayor relevancia que contiene esto último, más allá de las simpatías de globalifóbicos y globalifílicos, es que bajo esta coyuntura se redefinen, por enésima vez en la historia, terrenos específicos de la lucha hegemónica, generándose así nuevas estrategias como referentes simbólicos que tienen que ver concretamente con los modos de comprensión de la política. Las actitudes y acciones antineoliberales se ven ya como la expresión de un doble cuestionamiento que hace un nuevo movimiento global contra las tendencias de dominación mundial que conlleva el neoliberalismo. El primer cuestionamiento permite ver que la legitimidad política de estos movimientos se sustenta en reconocer al neoliberalismo como lo que en gran parte es: la imposición

de la “razón de imperio” sobre el conjunto de todas las demás posibilidades de desarrollo histórico-cultural. La importancia del segundo cuestionamiento parte del cómo se comprende a la democracia: como regla de inmovilidad o como fuerza promotora del cambio. Es en esto en donde al parecer se están jugando los destinos de los pueblos latinoamericanos, pues es imposible no entender que aquí el cambio implica una lógica muy específica, es decir, implica la necesidad de ejercer una doble domesticación: la del Estado y la del mercado. Es así claro que para esta coyuntura el Estado como el mercado han rebasado considerablemente el sentido de la legitimidad que pudieran tener, y se han convertido en la base de una dominación que en lo inmediato se refleja en la creación de nuevos escenarios de injusticia y desigualdad económica.

No hay duda alguna que quizá el mayor reto que tiene hoy cualquier fuerza político-social opositora al neoliberalismo sea proponer e implementar una visión económica alternativa. El problema es de mayor complejidad si lo que se quiere es construir una economía de nuevo tipo o socialista, que evite los mecanismos totalitarios de las modernizaciones forzadas de los que se valió el socialismo real, ya que no basta con la crítica económica, política o moral al capitalismo; ni con construir una alternativa en la cual, como dice Samir Amin, se trata de establecer un “capitalismo sin capitalistas”.¹² Frente a la necesidad del cambio, es urgente a cualquier tradición filosófico-política de la modernidad su propia renovación discursiva y práctica. En el caso de la izquierda sus renovaciones han dependido de la capacidad para ajustar y enriquecer sus fundamentos teórico-políticos y estratégicos a la dinámica de la coyuntura político-social e histórica por la que atraviesa cada sociedad en particular. Es a través de estos “ajustes” en la percepción de la realidad que se enriquece la dialéctica entre la tradición y la identidad.

Desde un punto de vista teórico es incuestionable que, dadas las características de la presente coyuntura, cualquier reformulación del proyecto socialista pasa, inevitablemente, por una reformulación global de la noción de hegemonía sustentada por la tradición marxista. La base de dicha hegemonía partiría necesariamente de una autocrítica histórica y de un replanteamiento global sobre el actual sentido de los medios y los fines de la política. Pero también deberá partir de una revaloración de la democracia como fuerza sustantiva de la modernidad. Sin olvidar que la nota distintiva de esta coyuntura se da a partir del reconocimiento sobre la crisis del jacobinismo como paradigma

¹² Véase Samir Amin, *Crítica de nuestro tiempo a los cincuenta años del Manifiesto Comunista*, México, Siglo XXI, 2001.

específicamente moderno de ciudadano, la construcción de un nuevo paradigma de ciudadanía y de una nueva subjetividad social nunca dejará de ser un referente problemático y problematizante con referencia a cualquier propuesta democrática.

Una tarea urgente del marxismo latinoamericano, al igual que el de otras latitudes del mundo, es la reconstrucción de su propia historia, pues pareciera que la amnesia histórica refleja la falta de un compromiso proporcional a esta coyuntura histórica. Es la imperiosa necesidad de reconstruir el marxismo histórico lo que permitirá dotarlo de una nueva personalidad histórica. En gran parte, la identidad y vigencia del marxismo depende de la lectura histórica que se realice sobre lo que ha sido su propia historia. Una historia cargada de acontecimientos y procesos de gran envergadura y trascendencia histórica y de aciertos y desaciertos pero también de errores y de horrores. Son estos últimos, los horrores, los que han convertido al marxismo en una leyenda negra de la modernidad. De ahí que en estas confusiones que forman parte de los combates por la modernidad, el marxismo fue adoptado como la raíz del totalitarismo. Es decir, al marxismo se le culpa de construir una subjetividad política que, con o sin el poder, nunca supo establecer cuáles son los límites de lo político. En otras palabras, al marxismo, en especial cuando asume una identidad leninista, se le considera reflejo de una vocación política que —al tener su origen en la Revolución Francesa y al radicalizar el espíritu del jacobinismo— sólo quiere la violencia en la historia. Obviamente, no existe imagen más distorsionada que ésta. Sin embargo, es la que más ha promovido desde siempre las tradiciones liberal y conservadora de la modernidad. De ahí también porque se determine al marxismo como parte de la irracionalidad en la historia. Lo que en todo caso queda es establecer a través de esa urgente historia la reflexión sobre el papel de la violencia en los procesos de cambio o conservación del poder en las sociedades latinoamericanas de los siglos XIX y XX. Consideramos que hacer esto implica ejercitar una ética radical en la cual el criterio de responsabilidad histórica con relación al pasado-presente, se encuentra más allá de cualquier simple juego maniqueo establecido por las ideologías políticas de la modernidad.